

Después de lo cual continúa el señor Roa con su perpetua falta de oído hablando de unos ríos rotos y de unas "yertas aguas," que ¡cuidado que es gana de poner motes á las aguas, llamarlas *yertas!* y además *brunas*, en francés, aunque se conoce que es para concertar con lagunas, y por último, nos dice que el valle ameno "*encogiéndose de hombros*" murmura.... etc.... con todo lo demás que se necesita para convencer al lector de lo que ya le dije al principio.

Es á saber: que el señor Roa es un vice-Cañete en toda la extensión de la palabra.

Los amigos del señor Roa Bárcena, es decir, lo que adulándole aspiran á ser introducidos por él en la Academia, han confesado.... ¡qué remedio tenían los pobres?... han confesado que la composición titulada *Las Aguas en el Valle de Méjico*, que analicé en el artículo anterior, no es buena.

Pero han dicho que eso no prueba que no sea poeta el señor Roa Bárcena.

"La poesía—dice el *Duque Job*—escogida por Valbuena, no con mal tino (¡gracias!) pero sí con mala fe...."

En otro lugar dice el mismo *Job* que he examinado la *única composición* que conocía del señor Roa Bárcena.... Y así es verdad.

Pero si examiné la *única* que conocía ¿cómo la escogí?

De esto se deduce que á este pobre aspirante á académico, lo mismo le da decir una cosa que otra.

Al fin discípulo del señor Roa Bárcena.

Pero volvamos al caso:

"La poesía escogida por Valbuena, no con mal tino—dice el supuesto duque—pero sí con mala fe, *no es de las que caracterizan la inspiración ni el ingenio del señor Roa Bárcena. Hay algo en ella de postizo, de forzado....*"

No se puede confesar con más claridad que es detestable.

Verdad es que no hacía falta la confesión, porque ya lo hemos visto.

Otro *alabardero* del señor Roa, un tal Ignacio Ancona, dice:

"¿Y cómo lo prueba? (que no es poeta el señor Roa). Poniendo de resalto los defectos de una composición poética, *antigua ó no antigua*, de nuestro docto compatriota. Con lo cual sólo demostró el señor Valbuena que la poesía criticada es defectuosa, y *aun muy defectuosa si se quiere*, (sí, señor, y aunque no se quiera); pero de ningún modo que el señor Roa Bárcena sea mal poeta."

Bueno. Ahora no es ocasión de enseñar lógica á este infeliz, ni al otro. Pero conste que ambos reconocen que la *poesía* de *Las Aguas* del señor Roa Bárcena, examinada por mí cuando no le conocía otras, es mala.



¿Será casualidad?

Vióle un andaluz á otro un piojo en la camisa, y le dijo:

—*Compare*, por la pechera le corre á *usté* un bichito.

—¿A ver?—replicó el *compare*, y añadió al convencerse de que era cierto.—*Pue ez una casualidá*, porque mi mujer *ez* muy limpia.

Al poco rato volvió á decir el primero al segundo:

—*Compare*, otro bichito le corre á *usté* por el cuello....

—*Pue ez otra casualidá*—replicó el segundo; —porque le *azeguro* á *usté*, *compare*, que mi mujer *ez* mu relimpia.

De allí á otro ratito, el primer andaluz se quedó mirando fijamente á una manga de la camisa del segundo sin decirle nada, hasta que por fin le preguntó éste:

—¿Qué mira *usté*, *compare*, así tan atento?

—*Puez ná*.... que tiene *usté* la *camiza* llena de *casualidandez*....

Ya verán ustedes cómo tiene también llena de casualidades su camisa poética el señor Roa Bárcena.

Afortunadamente, el señor Roa Bárcena, que diz que es un apreciable tenedor de libros, ó cosa así, de un comercio de Méjico, un dependiente, que lo mismo hace un lío de catorce versos que otro de

catorce mantas; con la sola diferencia de que al primero le suele llamar soneto y al segundo no, aunque de poesía los dos estén iguales.... El señor Roa Bárcena, digo, afortunadamente, no para la literatura, sino para mí, publicó hace unos diez y ocho años un librito muy mono, titulado *Nuevas poesías*.

Y aunque sólo hizo una edición de cien ejemplares para regalar á los amigos, pues ya supuso que el público no había de comprarlos, ¿quién sabe lo que ha podido correr un ejemplar de aquellos?

Por cierto que el libro del señor Roa lleva una lira y un laurel en la portada, y fué muy buen acuerdo ponerle los atributos de la poesía por fuera, ya que por dentro no se había de encontrar de ella ni rastro.

En ese libro de *Nuevas poesías* del señor Roa Bárcena, hay un soneto que se titula *La nueva esposa*....; porque se conoce que al señor Roa Bárcena, como comerciante, le gusta que todo sea nuevo.

Y dice así el señor Roa Bárcena:

“Mirto y rosa y laurel....”

¡Caramba, qué profusión de flores y verduras!...  
¡Ni aunque pasara la procesión del Corpus ...

“Mirto y rosa y laurel, *doble* trofeo....”



Perdone usted, señor Roa, pero es *triple*.  
Digo, me parece....

Mirto,.... *uno*; rosa,.... *dos*; laurel,.... *tres*.

Sí, justo. Es un trofeo *triple*. ¿Por qué le ha llamado usted *doble*, señor Roa? Vamos á ver....  
¿Por qué le ha llamado usted *doble*?

¿Es usted comerciante y no sabe usted más matemáticas?

La mujer de un académico de acá decía una vez ponderando un concierto casero:

—Todo me gustó mucho, mucho; pero lo que más me gustó de todo fué el *dúo de los tres*, que cantaron los últimos.

Es decir:

“Mirto y rosa y laurel, *doble* trofeo....

Como dice el señor Roa Bárcena.

Pero vamos adelante, á ver qué más cosas se descubren.

“Mirto y rosa y laurel, *doble* trofeo  
A tu ingenio y beldad, huella tu planta....”

¡Ah, vamos! El señor Roa llama *doble* al trofeo, porque es trofeo al ingenio y á la beldad de.... de la nueva esposa (suponiendo que el *tú* se dirija á la *nueva esposa*); pero no tiene razón en eso como tampoco en otras muchas cosas, el señor Roa Bárcena.

Y si no, vamos á ver.

Porque el señor Roa sea amigo de *Ipandro*, como efectivamente lo es, por aquello de que, Dios los cría y ellos se juntan en la Academia á echar á perder el idioma; porque sea amigo de *Ipandro* el señor Roa, y sea amigo también de Manolito Gutiérrez Nájera.... ¿hemos de decir que el señor Roa es un *doble* amigo?....

No, señor; evidentemente no. Diremos que el señor Roa es amigo de dos personas, ó hablando con más propiedad, de dos académicos correspondientes, uno de hecho y otro de deseo; pero no que sea un amigo *doble*.

Eso de *doblar* así las cosas se queda para los periódicos noticieros, como nuestra incorregible *Correspondencia*, que suele poner el epígrafe de *doble suicidio* á las noticias de que un cesante se arrojó por el viaducto de la calle de Segovia, y una criada mal correspondida en sus amores, tomó cabezas de cerillas en la calle del Sombrerete.

Quedamos, pues, señor de Roa, en que no es *doble* el trofeo por ser trofeo á dos cosas, sino que, de ser algo partitivo ó numeral, es triple, por estar compuesto de tres ingredientes.

Siga usted.

O que siga la nueva esposa hollando el trofeo.

“Mirto y rosa y laurel, *doble* trofeo  
A tu ingenio y beldad, huella tu planta....”

Supongo que no será coja la esposa nueva, sino



que tendrá sanos los dos piés, y que eso de *tu planta* en lugar de *tus plantas*, lo habrá dicho usted, señor Roa, *por amor* del consonante.

Bueno, ya estoy muy acostumbrado á eso de que los poetas académicos hagan á la gente andar con un pié solo ó, como se dice vulgarmente, á pata cojina, así como besar con un solo labio, etc., etc.

Siga el soneto:

“La dicha á coronarte se adelanta,  
Risueño su ademán, gentil su arreo....”

¿Pero usted cree, señor Roa, que usa *arrees* la dicha?

No, hombre, no.

Y aunque es verdad que usted necesitaba un consonante á *trofeo*, pudo usted buscarle por otro lado, y no haber puesto *arrees* á la dicha como si fuera una yegua andadora.

Pudo usted, por ejemplo, haber escrito:

“La dicha á coronarte *se adelanta*,”  
Con guirnaldas de ortiga y de poleo....

Y estaba mejor.

Aparte de que tampoco es verdad que la dicha *se adelanta* á coronarte, vamos, á coronar á la *nueva esposa*; no.

A lo que *se adelanta* la dicha es á concertar con *tu planta*.

Las cosas se han de decir con franqueza.

Segundo cuarteto.

“Si amanece halagando tu deseo  
*Fúlgido* el sol....”

Que siempre es *fúlgido*; y por consiguiente no se ve la necesidad de consignarlo en un soneto á una *nueva esposa*.

“Si amanece, halagando tu deseo,  
*Fúlgido* el sol, su claridad no es tanta....”

No se sabe del todo lo que usted quiere decir, señor Roa.

Pero traduciendo esos dos versos del académico al castellano, parece que debe de ser, poco más ó menos, lo siguiente:

“Si el sol *fúlgido*, halagando tu deseo, amanece,  
su claridad no es tanta....”

¿Es así? Pues bueno. Entienda usted, señor Roa, que no se puede decir con propiedad que *el sol amanece*, por más que sea causa de que amanezca.

Amanecer es rayar el alba y seguir creciendo la claridad hasta la salida del sol.

Pero en el momento en que sale el sol ya no se puede decir que amanece: ya es de día claro.

Por eso nadie dice nunca, más que usted, que *amanece el sol*.

De poner algún nominativo al verbo *amanecer*, ese nominativo ha de ser Dios.

Así se dice, verbigracia, “desde que Dios amanece;” y este mismo nominativo se sobreentiende, cuando no se expresa.



Si hubiera usted estudiado latín, cosa muy necesaria, si no para vender mantas, para conocer bien el castellano, puede que recordara usted aquella regla de la *Sintaxis latina*, vulgarmente *Libro Cuarto de Bravo*, que dice:

"*In is verbis: pluit, ningit, grandinat, tonat, fulminat, coruscat, rorat, lucescit* (amanece, este es el nuestro) *vesperascit, advesperascit, non exprimitur persona agens . . . in quibus grammaticorum vulgus nominativus DEUS vult subaudiri.*"

No lo sabe usted traducir, ya lo supongo; pero no pregunte usted á Manolito Gutiérrez *Job*, digo, Nájera, que tampoco sabe, de seguro.

También se dice que amanece el día . . . "Amaneció el día veinticinco," verbigracia; aunque en esta frase el día no es propiamente activo. Pero lo que no se dice nunca es que amanece el sol.

Adelante con los faroles.

O con el farol, pues lo menos hay uno.

Y no crean ustedes que es el señor Roa . . . es decir, no crean ustedes que yo me refiero al señor Roa.

Me refiero al sol, que, por capricho ó malevolencia del señor Roa, queda reducido á un farolillo de mala muerte.

Veámoslo:

"Si amanece halagando tu deseo  
Fúlgido el sol, su claridad no es tanta

*Como esta en que bañó serena y santa  
Tu nuevo hogar la antorcha de himeneo . . .*"

Convendrán ustedes conmigo en que un sol que tiene menos claridad que una antorcha apagada, no es sol, ni luna, ni apenas farol de retreta.

Y sin embargo, el señor Roa dice que la claridad del sol *fúlgido* no es tanta como la de la antorcha de himeneo, antorcha apagada por el cristianismo hace más de mil ochocientos años.

Lo que vale es que eso, aunque lo diga el señor Roa, no es verdad, sino académico disparate.

¡Ya, ya! Y eso que empezó llamando *fúlgido* al sol . . . con que si no le llama *fúlgido* . . .

¿Que por qué habrá llamado el señor Roa *serena y santa* á la claridad de la antorcha de himeneo, me preguntan ustedes? . . .

No lo sé á fe mía; lo de *serena* no lo sé. Lo de *santa*, sí; *santa* se lo llamó para hacer consonante á *tanta* y á *se adelanta* y á *tu planta*.

Pero tampoco me atreveré á asegurar que sea á la claridad de la antorcha á la que ha llamado el señor Roa *serena y santa*. Quizá se lo haya llamado á la antorcha misma . . .

Vuelvan ustedes á leerlo y verán que lo mismo se pueden referir los dos adjetivos á la claridad que á la antorcha.

Si es que no se refieren á la esposa que huella el trofeo.



¡Ah! Se me olvidaba llamar otra vez la atención de ustedes sobre la afición del señor Roa á lo nuevo. *Nuevas poesías*. . . . *nueva esposa*. . . . y ahora *nuevo hogar*. . . . ¡Núevo todo!. . . .

Menos el numen del señor Roa, que es del siglo pasado.

Es decir, que sería del siglo pasado, si fuera numen.

Los tercetos comienzan con este desgraciadísimo verso:

“Brille en él en feliz perenne día,”

Es imposible hacer una combinación más dura de palabras.

“Brille en él en feliz perenne día,  
Y no olvides si amaga su luz pura,  
Nublar acaso tempestad sombría. . . .”

¿Que quién ha de brillar *en él en feliz*, etc.?

Supongo que la mencionada antorcha; y que de ella será la luz *pura* que amaga acaso nublar la tempestad.

Lo que no se sabe todavía es lo que no ha de olvidar la esposa nueva; pero eso será materia del segundo terceto.

“Y no olvides. . . . etc., etc.  
Que contra el rayo de la suerte dura. . . .”

Ustedes creerían que la suerte, por dura que fuera, no tenía rayos. Pero los malos poetas ponen rayos á cualquier cosa.

“Que contra el rayo de la suerte dura,  
Si el escudo del hombre es la energía,  
Son tu escudo el amor y la dulzura.”

Que me parece que son dos escudos.

Pero “son tus escudos” no encajaba en el verso. Conque, adiós, señor Roa.

Y no dude usted que también es malo aquel otro soneto de usted *A Ipanandro Acaico* que comienza: *Este libro te doy*.

Pero muy malo.

“Este libro te doy. Reprima el gesto  
Lógico espanto, pues te lleva indulto  
Coplas añejas ya forman su bulto.  
Y no estás hoy á su lectura expuesto.  
Tranquilo quedo yo pensando en esto  
A mi vez. . . .”

Y á su vez. . . . ¿le parece á usted que esto es poesía? . . . .

¡Qué ha de ser, hombre!

Ni eso es poesía, ni es castellano aquello de más arriba de *te lleva indulto*.

Porque no puede decirse que un libro lleve indulto porque *formen su bulto* (¡vaya otra frase!) coplas añejas. . . .

“Y no estás hoy á su lectura expuesto.  
Tranquilo quedo yo pensando en esto  
A mi vez. . . .”

No, señor Roa, no; eso no es poesía, ni siquiera prosa áceptable.



Y no haga usted caso de los elogios de Manolito *Job* ó de cualquiera otra lumbrera por el estilo....

*"Tranquilo quedo yo pensando en esto  
A mi vez; que ni escándalo ni insulto  
Se expone á ser de tu criterio culto  
De más legumbres rústicas el cesto...."*

¡Hombre! Me gusta esto....

Porque es verdad; aunque tampoco es poesía.  
Pero como verdad, sí.  
No se le pudo ocurrir á usted cosa mejor que  
llamar al libro de sus versos....

Cesto de legumbres.... *rústicas*.

Para que aun en esto haya ripio, pues que rústicas son necesariamente todas las legumbres, con tanta necesidad como es el sol fúlgido.

Ya se lo ha dicho á usted con más gracia el señor Zamora Figueroa, y opino como él enteramente.

Mas no crea usted que es mejor aquel otro soneto de usted á D. Casimiro Collado.

¡Qué ha de ser mejor!

Aquel que principia:

*"Ante mí, que habité playa desierta...."*

*Ante mí....*

Excelente frase para un notario.

Ya no le faltaba á usted más que acabar diciendo: *Doy fe.*

Y así y todo no le había de creer á usted nadie....

¿Con que, ve usted, señor Roa, cómo tiene usted llena de *casualidades* la camisa literaria?....

